

Por qué este libro

Este libro es el resultado de muchas preguntas. Entre ellas, la de un niño de apenas diez años de edad: «¿Por qué lo mataron?», preguntó a su maestro ante la estatua de Lincoln.

Una fría mañana de invierno, el *Lincoln Memorial* estaba repleto de alumnos que visitaban un lugar que es simbólico para los norteamericanos. Mientras contemplaban la estatua yo pensaba en Julio César. Por una extraña asociación de ideas recordé que el asesino de Lincoln pronunció las mismas palabras que había pronunciado Bruto al apuñalar a César: «*Sic semper tyrannis* [Así acaben los tiranos]».

«¿Por qué lo mataron?», preguntó el niño sin apartar sus ojos de Lincoln. «Sí..., por qué lo mataron?», repitieron los demás a coro.

Bajé la escalinata mirando al Capitolio. No pude evitar preguntarme qué tendrían en común la Constitución de Pericles y la Constitución de los Estados Unidos de América. A lo lejos veía el majestuoso obelisco en honor a Washington. Y más allá, la enorme cúpula que evocaba el mundo clásico. El nuevo mundo que recordaba Grecia y Roma. ¿Por qué Washington recuerda tanto la antigua Roma? ¿Por qué en la capital norteamericana está presente el mundo clásico?

Como respuesta podría valer lo que afirmó Adrian Smith, diseñador de la Burj Dubai en los Emiratos Árabes: «Fue producto de un sueño». Smith se inspiró en la visión que la niña Dorothy tuvo en *El maravilloso mago de Oz*, una espléndida ciudad de mármol verde con cristales y esmeraldas, un lugar de ensueño que, visto desde nuestros ojos, tal vez no haya dado la felicidad, pero sí ha llegado a lo más alto en innovación arquitectónica y ambición financiera.

En Nueva York, un hermoso zodíaco rodea a Prometeo mostrando el fuego que representa la civilización. Prometeo como símbolo de libertad nos conduce a la mitología griega, no importa que la ciudad donde esté no tenga raíces grecorromanas. Los mitos traspasan fronteras.

Y de Nueva York, a Cincinnati. En el nombre de esta ciudad reconocemos al romano Cincinato que prestó un noble servicio a la patria. El estado de Ohio se enorgullece de tener una ciudad con el nombre de ese honrado ciudadano. La ciudad de Grand Rapids, en Michigan, muestra con satisfacción su caballo de bronce que imita al de Leonardo da Vinci. Muchos de sus ciudadanos están convencidos de que esa escultura representa el caballo de Troya. Lo dicho: todos buscan orígenes míticos para su ciudad.

Los ricos terratenientes de hace doscientos años construyeron mansiones que imitaban los templos griegos; se veían a sí mismos como sucesores de grandes estadistas como Solón o Pericles. Paseando por lujosos barrios de Nueva York o de Boston podemos observar que las casas de los ricos se confunden con los templos que aparecen en hermosos libros de arte. Auténticos santuarios.

En arquitectura, política, filosofía, religión, derecho, seguimos tomando como referencia el modelo clásico. Europa es heredera directa de Grecia y Roma; no nos sorprende la presencia del mundo clásico en ciudades europeas que en su día formaron parte del Imperio romano. Sin embargo, en lugares que nunca recibieron influencia grecorromana también está presente la ad-

miración por la belleza, el esplendor y la magnificencia de un período inolvidable de la historia de la civilización.

Más allá de las diferencias, lo que hace que su legado sea universal es el lenguaje. Este, precisamente, nos une con el pasado. No con el pasado hermético de Egipto envuelto en jeroglíficos incomprensibles para el pueblo, sino el pasado humano que nos dio lo más grande que un pueblo puede recibir para comprender el mundo: el alfabeto.

La lengua griega es la fuente de la que procede la cultura en Occidente. El latín, que hizo la vida más fácil y que nos dio una escritura clara y sencilla. Y es que la vida resulta más fácil si el instrumento con que nos comunicamos está al alcance de todos. Cuando miramos alrededor vemos algo más que historia: Grecia y Roma es nuestro pasado, y también nuestro presente. No somos el resurgir de una nada, sino continuadores de un legado que hemos adaptado a una forma distinta de vida.

Los grandes acontecimientos de la historia traen consigo un resurgimiento de los modelos clásicos. En el siglo xvi, los Medici retomaron los cánones de la Grecia clásica. Desde el siglo xviii, los presidentes norteamericanos se inspiraron en el modo de hacer política de los estrategas de Atenas. En el siglo xxi, también el cine sigue inspirándose en mitos clásicos universales. Si el alfabeto conformó el mundo, el cine le pone cara a ese mundo clásico que muchos no conocerían si no fuera a través de la imagen que es, junto con las nuevas tecnologías, el alfabeto de nuestro tiempo.

Hay muchos libros escritos con el fin de guiar al lector por el inmenso mundo de la cultura. Unos recomiendan obras musicales de obligada audición. Otros, cuadros que debemos contemplar y libros que conviene leer. Hay libros que dan consejos para ser más culto cada día. No es nuestra intención repetir lo que ya han dicho otros. Lo que intentamos en este libro es identificar qué debemos al mundo clásico, y mostrar cómo reconocernos en él.

El lector no encontrará en estas páginas recomendaciones ni consejos. El viaje hacia la cultura es un viaje que uno emprende

solo. Como mucho, lo que ofrecemos es una guía que ayude a conocer mejor el mundo actual a través de las huellas que el pasado ha ido dejando.

¿Leer a Borges? Naturalmente. Borges lo es todo. Igual que lo fue Homero, igual que lo fue Shakespeare. Nombres de la literatura universal que toda obra que invite a la cultura sugiere que leamos. Pero, en lugar de recomendar sus obras, optamos por llegar hasta ellas a través de sus símbolos, de sus figuras y de sus imágenes, que nos ayudan a comprender el mundo en que vivimos.

Hoy, con este libro finalizado, soy consciente de mi deuda con todas las personas a las que quiero agradecer su ayuda en mi periplo por Estados Unidos e Inglaterra. La lista sería interminable. Cito, por una razón muy especial, al profesor John Humphrey y a su esposa Laura. Y con profunda gratitud, a Edward Roberts; sus amenas conversaciones sobre lo humano y lo divino contribuyeron a que fueran menos frías las nieves de Michigan. A David Franco, a quien debo las primeras ideas que hicieron posible este libro.

Y a Lorenzo Caprile, por tantas y tantas razones que haría falta un libro entero si quisiera contarlas todas.

La complejidad de este libro no hubiera podido ser resuelta de no haber contado con la ayuda y entusiasmo de mi editor, Marcos de Miguel, quien entendió, desde el primer instante, qué quería yo contar en este libro. Y deseo expresar mi agradecimiento a Olivia Melara, a cuya destreza deben estas páginas su orden y claridad. Y a Eduardo Mota, por haber logrado dotar a cada imagen de un sentido narrativo con personalidad propia.